

# La inteligencia artificial generativa y la bibliotecología o una oportunidad que no se puede volver a perder

*Fabrizio Gaviña - Licenciado en Bibliotecología y Documentación*

*Marzo 2026 - Viedma - Río Negro - Argentina*

## Resumen

*Vemos cotidianamente como la inteligencia artificial generativa está cambiando no solo las condiciones de acceso, producción y evaluación de la información, sino también las formas en que podemos intervenir como profesionales ante estos cambios. Desde esta posición considero que este cambio es la mayor oportunidad que tiene la bibliotecología en varias décadas para redefinir y intensificar su rol profesional ante una IA que entre sus respuestas puede, y frecuentemente lo hace, acciones como alucinar, sesgar y desinformar necesita encontrarse con un profesional que tenga los conocimientos suficientes y porque no la gimnasia que hace el hábito para saber cómo evaluarla. Y ese profesional es o debería ser el bibliotecario, cuyas capacidades en cuanto a la promoción de lectura, alfabetización mediática e informacional y mediación crítica se han vuelto más urgentemente necesarias que en cualquier otro tiempo. El perfil del bibliotecario que requiere nuestra época debe ser repensado, no solo desde la práctica, sino desde los planes de estudio para que la profesión no repita el proceso repetitivo de llegar tarde a los cambios tal como lo ha hecho hasta ahora.*

**Palabras clave:** *inteligencia artificial generativa; bibliotecología; alfabetización mediática e informacional; promoción de la lectura; mediación crítica; desinformación; rol del bibliotecario.*

## El patrón que se repite y la oportunidad que no puede perderse

Hay algo que llama poderosamente la atención cuando uno recorre la historia reciente de nuestra profesión, la bibliotecología supo, o pudo vislumbrar casi siempre y con tiempo, las transformaciones tecnológicas que la interpelaban o que tocaban sus bases estructurales. Lo que no se tradujo habitualmente en llegar a tiempo para ocupar el espacio que le permitían destacar o ser partícipes necesarios de esas transformaciones. Con el acceso popular a la informática y la

posible incorporación de esta en la automatización de al menos algunos procesos bibliotecarios (como la catalogación, el control de préstamos o los primeros sistemas integrados de gestión), llegó tarde o de forma parcial y rezagada en muchos contextos. Con internet, también. Con las redes sociales, más o menos lo mismo.

Cuando la World Wide Web irrumpió a mitad de los años noventa, la disciplina mejor posicionada, y preparada intelectualmente para organizar ese nuevo universo informacional era, en teoría, la bibliotecología. Ningún otro oficio trabajaba diariamente los principios de recuperación, descripción y evaluación de fuentes de información. Sin embargo, fueron las empresas tecnológicas las que, por decirlo de alguna manera, ante la pasividad o falta de interés de nuestra área, construyeron los motores de búsqueda, afinaron los sistemas de recomendación y desarrollaron los algoritmos que organizan el conocimiento en línea. Una generación entera, prácticamente toda la que accedió a internet en este siglo, aprendió que la información se busca en Google, no en la biblioteca. La paradoja es aguda: lo que Google hace a escala global es, en esencia, una función bibliotecaria. Lugar que ante la pasividad profesional, alguien ejerció.

Las consecuencias de ese patrón no son solo históricas: se sienten día a día. Una visibilidad institucional al menos reducida, parte de una crisis de identidad que persiste, ante la pregunta incómoda que sigue circulando en los congresos profesionales y porque no en los pasillos de las facultades: ¿tiene sentido la existencia de una biblioteca cuando puedo acceder a todo en internet? Y esta no es una pregunta que refleje crueldad. Es el resultado acumulado y merecido por haber llegado tarde, demasiadas veces, a las encrucijadas que realmente importaban.

La inteligencia artificial generativa (IAG) pone esa pregunta y da un golpe sobre la mesa una vez más, pero con una urgencia diferente a todas las anteriores. Porque esta tecnología no solo organiza o distribuye la información: la produce. ChatGPT, Gemini, Claude y sus pares generan textos que suenan coherentes, fluidos y aparentemente bien fundamentados ante cualquier pregunta. Lo hacen en pocos segundos. Y lo peor del caso, lo hacen tanto cuando la respuesta es correcta como cuando es completamente falsa e inventada. No hay diferencia entre un texto verdadero y uno visiblemente alucinado, y el sistema no avisa cuándo está improvisando, inclusive suena de forma convincente.

Ahí se presenta la oportunidad esperada. No en usar la IA para que las bibliotecas sean más eficientes (bueno, eso también, cataloga en segundos, pero es lo de menos). Sino en que el bibliotecario ocupe el lugar que le corresponde como mediador, evaluando o comprobando lo que la tecnología produce antes de que llegue al usuario. El que verifica, contrasta y sobre todo contextualiza. El que puede enseñar a los demás a hacer lo mismo. En otras palabras: una especie de garante de que la información que circula sea correcta y lo más objetiva posible. Esta vez, y como en todas las oportunidades anteriores, ese espacio está disponible. Y esta vez, el argumento es más sólido que nunca. ¿Queremos ocuparlo?.

### **La tecnología que cambia las reglas del ecosistema informacional**

Para entender por qué la bibliotecología es interpelada cara a cara por la irrupción de la IAG, conviene detenerse un momento en lo que esta tecnología supuestamente hace, y también en lo que no puede hacer.

Los grandes modelos de lenguaje aprenden en base a patrones estadísticos de lenguaje humano y a partir del procesamiento de volúmenes ingentes de texto. Ante la interpelación con una pregunta o consigna, estos lenguajes no buscan la respuesta correcta, ni esta es su función, lo que hacen es generar el texto más probable o aceptable dadas las condiciones de entrenamiento. Esto los hace rápidos y creíbles, fluidos y extraordinariamente versátiles. También operan algorítmicamente en modo muy diferente a un buscador o una base de datos, ya que no recuperan información verificable, la producen. Y hay que tener en cuenta que producir no es lo mismo que saber.

El resultado práctico es conocido y muchas veces por tiempo o falta de verificación es aceptado por quienes trabajan habitualmente con estas herramientas y desconocido los usuarios en general, las alucinaciones son respuestas falsas, ilógicas o inventadas que los modelos normalmente replican en forma de Información fabricada (Crear datos falsos que parecen reales), errores de contexto (Omitir información relevante o tergiversar hechos) y autocontradicción (el modelo cambia su propia respuesta en la misma conversación). Un LLM (Large Lenguaje Model), por agregar la definición en inglés de estos modelos de lenguaje, puede citar artículos inexistentes, inventar estadísticas a su antojo o conveniencia para argumentar, atribuir ideas a autores que nunca las escribieron, similar a los memes que suelen circular en las redes sociales pero incorporados de forma convincente en el relato, describir como

datos confirmados algo que es pura elaboración estadística o destruir argumentalmente una verdad de perogrullo. Lo grave es que lo hace con el mismo tono seguro con el que podría dar una respuesta correcta. No distingue entre lo que sabe y lo que inventa porque, en el sentido estricto, no sabe nada: procesa patrones (Bender et al., 2021).

A esto se suman otro tipo de destructores de la verdad objetiva, los sesgos de entrenamiento. Estos modelos que componen las bases textuales del ecosistema de la IAG se entrenan con datos que reflejan desigualdades existentes en el mundo, por ejemplo: sobrerrepresentación del inglés y de las bondades de las culturas del norte occidental, infrarrepresentación de saberes de pueblos originarios o saberes locales/regionales, reproducción de estereotipos de género, etnias y clases. Para quienes habitamos América Latina esto tiene consecuencias que no son meramente abstractas, un modelo de lenguaje entrenado principalmente con textos anglosajones tiende a invisibilizar o menospreciar el conocimiento producido en otras zonas geográficas, pecando de simplificar en extremo contextos y a ofrecer marcos de análisis que no siempre son pertinentes para nuestras realidades. Temesio Vizoso (2022), en un artículo publicado en la revista Palabra Clave de la UNLP, señala que el sesgo en los datos de entrenamiento puede perpetuar estructuras de poder y exclusión ya existentes. No es un problema técnico menor, es un problema social y político.

Hay además algo que no vemos y es más sutil que las alucinaciones y los sesgos, y quizás muchísimo más dañino a largo plazo: la erosión gradual pero permanente de la capacidad crítica del usuario. Cuando siempre se recibe una respuesta rápida, fluida y aparentemente bien fundamentada, se desactiva el hábito de verificar, de dudar, de buscar la fuente original. Gunter (2024), en un análisis sobre los desafíos de la IA para los bibliotecarios, lo formula con una pregunta que vale la pena hacerse: si permitimos que la información circule sin mediación crítica, alterada por omisión o por invención, ¿qué tipo de ciudadanos estamos formando? Esta sencilla pregunta no es solo retórica. Es operativa. Y responderla bien requiere de contar con instituciones y profesionales que sepan evaluar lo que estos algoritmos producen tan livianamente. Las bibliotecas (tienen una trayectoria probada históricamente de trabajo en evaluación de fuentes, alfabetización informacional y mediación crítica) están entre las pocas instituciones formalmente equipadas para hacerlo, falta que decidan ir por ahí.

Un detalle que suele pasarse por alto: la IAG no opera en el vacío, y menos en las instituciones educativas.

*Cuando un estudiante llega ante el bibliotecario con una respuesta generada por un chatbot, ese estudiante viene de un aula en la cual muy probablemente usó esa misma herramienta. Cuando un docente pide orientación sobre cómo gestionar trabajos escritos con IA, lleva consigo las tensiones de su institución.*

La biblioteca no es una isla: es parte del mismo tejido donde la IAG ya está produciendo sus efectos. Eso no debe ser tomado como una complicación en el rol del bibliotecario, al contrario lo hace más relevante, porque nadie más dentro de la institución tiene la formación específica para guiar el proceso y acompañar al usuario.

### **Lo que el bibliotecario puede hacer... y nadie más puede hacer igual**

#### **Leer para poder evaluar**

Antes de hablar de algoritmos, vale la pena hablar de lectura. Porque la promoción lectora no es una función decorativa ni nostálgica de la biblioteca: es la base sobre la que se asienta todo lo demás. El estudiante que tiene hábito lector consolidado (que sabe sostener la atención, seguir un argumento, distinguir lo que dice el texto de lo que uno proyecta sobre él) tiene herramientas firmes para dudar de lo que le dice una pantalla. El que no las tiene, lamentablemente no.

La lectura profunda y la evaluación crítica son, por decirlo de alguna manera, la misma competencia que es ejercida apoyándose en distintos soportes. Si bien, leer en forma consciente un libro implica prácticamente los mismos mecanismos cognitivos que verificar una afirmación generada por IA, es decir buscar los argumentos subyacentes, identificar cuales son las premisas, preguntar y preguntarse de dónde viene esa idea. Un lector formado generalmente no acepta lo que está escrito solo porque esté escrito. Y eso es exactamente lo que se necesita para actuar frente a contenido generado por la IAG.

Esas tecnologías emergentes no eliminan la necesidad de la lectura profunda. Al contrario la vuelven más urgente. Un chatbot que responde convincentemente, con fluidez y con apariencia de autoridad es, exactamente, el tipo de texto frente al que un lector formado puede y debe hacer preguntas críticas y en cambio, uno no formado optará por dejarse llevar. El bibliotecario que trabaja consistentemente la lectura junto a sus usuarios está construyendo, sin

necesariamente nombrarlo así, la principal defensa contra la desinformación algorítmica.

### **Enseñar a verificar: la alfabetización informacional en el ecosistema de la IA**

Si hay una función que la irrupción y popularización de la IAG vuelve urgente con una fuerza nueva, es la alfabetización mediática e informacional. No porque sea un concepto nuevo (la bibliotecología lo viene desarrollando y puliendo desde hace varias décadas, apoyada en marcos y estándares internacionales), sino porque la IAG le añade una dimensión nueva para la que los usuarios, en general, no se encuentran preparados.

Cuando se evalúa un resultado de búsqueda clásico, podemos identificar señales que a priori son visibles: una URL, un dominio, un autor o institución, una fecha. En cambio, con un texto que ha sido generado por IAG, nada de eso está garantizado. El texto puede combinar información correcta con información inventada en el mismo párrafo, y ambas partes lucen exactamente igual de bien. Los marcos de evaluación que ya existen siguen siendo válidos, es decir identificar la fuente, reconocer el propósito, contrastar con otras referencias; lo que cambia y de forma abrupta es que el objeto a evaluar aprendió, y evoluciona cada vez más, a imitar todas las señales de confiabilidad.

Hay además un mito que es conveniente desarmar, el del nativo digital que todo lo sabe e incorpora naturalmente por derecho de nacimiento. La familiaridad tecnológica en sí misma no implica competencia informacional. Los estudiantes saben utilizar y de hecho usan habitualmente pantallas; lo cual no implica evaluar lo que visualizan en ellas. Lescano Borrego (2025) lo señala con claridad, la alfabetización en la era de la IAG tiene que ir más allá de la habilidad técnica y desarrollar competencias críticas reales para contrastar, evaluar y usar la información de manera ética. Y eso no se adquiere por exposición a la tecnología, se aprende.

*Un ejemplo concreto: un estudiante busca información para un trabajo de historia. El chatbot genera dos páginas coherentes, con fechas y nombres de personas reales. El texto tiene errores históricos graves, pero el estudiante no los detecta porque nunca aprendió a verificar fuentes. Entrega el trabajo. Lo aprueba. Nadie intervino. Ese es el resultado natural de un ecosistema sin mediación crítica. Ese es también el problema que un taller de verificación de fuentes (de una hora, con herramientas disponibles en cualquier biblioteca) puede empezar a revertir.*

La formación en evaluación de contenidos generados por IAG es hoy uno de los programas más necesarios y paradójicamente ausentes en las instituciones educativas, y al que podemos aportar naturalmente los bibliotecarios. Kurbanoglu et al. (2026), en las actas de la conferencia ECIL 2025 dedicadas completamente a la alfabetización informacional en un mundo mediado por IAG, se reconoce entre otras cosas que los marcos tradicionales de AMI es vital que se actualicen para incluir las especificidades de los contenidos generados por distintos algoritmos. El campo académico ya sabe que ahí está el centro del problema. Lo que falta es que los bibliotecarios estén en ese centro de ese océano aportando sus saberes, no observando desde la orilla.

Los bibliotecarios son los únicos docentes formados y habilitados específicamente para enseñar alfabetización informacional, mediática y en IAG. Y sin embargo, la mayoría de las instituciones no los aprovecha en esa función. Esa contradicción (entre lo que se necesita y lo que se financia o reconoce institucionalmente) es una de las tensiones más urgentes de la profesión hoy.

#### **El servicio de referencia como filtro crítico**

La IAG puede y debe ser también una aliada valiosa en los servicios de referencia, ya que hay que incorporarla con criterio, no se puede obviar su existencia. Esta puede responder preguntas frecuentes, incluso sugerir términos de búsqueda y orientar hacia categorías temáticas. Esto tiene un valor real al liberar al profesional para dedicarse a lo que ninguna herramienta o chatbot logra hacer bien, que es la capacidad de interpretar la necesidad del usuario, conocer el contexto institucional y detectar cuándo la respuesta automática es incompleta, con errores o directamente es incorrecta.

El reparto de tareas siempre es importante. La IAG puede encargarse sin problemas del primer nivel de atención; aunque el bibliotecario se reserva la complejidad. Petrosini (2024), en una ponencia presentada en la Biblioteca Nacional Mariano Moreno de Argentina, lo plantea en forma clara y precisa, la IAG no reemplaza al bibliotecario de referencia, sino que transforma sus tareas y se posiciona elevando el umbral de complejidad ante las consultas que requieren de una atención especializada. Por decirlo de otra manera, las preguntas que llegan al bibliotecario se vuelven más interesantes y por añadidura suben la complejidad, con la presión de tener la necesidad de responder en forma correcta, porque las simples ya tuvieron que pasar por un primer filtro automatizado.

Lo que esto exige, en la práctica, es que el bibliotecario conozca las herramientas de IAG tanto en sus funciones como utilidades y pueda acompañar en la utilización de las mismas. No para competir con ellas, sino para supervisarlas. Saber cuándo el chatbot está alucinando, cuándo está simplificando en exceso, cuándo está reproduciendo un sesgo, estas son competencias que pueden ser desarrolladas haciendo un uso crítico de las herramientas, no evitando su utilización.

### **Apoyo a docentes, investigadores y al proceso educativo**

En las instituciones académicas y educativas que recorremos a diario, el impacto de la IAG en la producción intelectual ya es un hecho cotidiano visible y porque no, un problema. Es cada vez más habitual encontrarse con trabajos escritos con innumerables referencias inventadas, marcos teóricos bellamente redactados pero contruidos sobre síntesis algorítmicas sin verificación, exceso de plagio que ya no tiene la forma clásica pero sigue siendo plagio. Alonso-Arévalo (2023) advirtió tempranamente que algunas herramientas como por ejemplo ChatGPT están transformando la producción de textos en apariencia académicos de forma automatizada, con consecuencias que primeramente van por la integridad científica y luego atentan contra la formación real del estudiante.

El bibliotecario se encuentra en este punto con un rol doble y muy concreto. Por un lado, orientar a los docentes sobre las posibilidades que tiene incorporar estas herramientas éticamente en sus aulas, es decir cuándo usarlas, cómo realizar la citación (Si, se citan los chatbots aunque Ud. no lo crea), y específicamente qué cosas no se deben delegar en forma total en un algoritmo. Por otro lado, tomar el lugar del referente al que se acude para verificar si las fuentes que aparecen en un texto son reales, si son accesibles y también pertinentes. Este segundo rol podríamos decir que es nuevo y específico: requiere que el bibliotecario se familiarice tanto con las bases de datos disponibles como con el funcionamiento básico de los diferentes modelos de lenguaje. ¿No es esto una exigencia desproporcionada y que no está a su alcance? No. Es la intersección que se debe dar naturalmente entre sus competencias clásicas ya adquiridas de gestión documental y las nuevas realidades tecnológicas.

Hay una dimensión de este rol que suele subvalorarse y que es básica y quizás la más importante, la del acompañamiento longitudinal. El bibliotecario que trabaja en una biblioteca de una institución educativa va conociendo a los usuarios a lo largo del tiempo. Conoce el contexto en que se mueven, las exigencias

académicas que atraviesan, sabe qué están investigando, cuáles son sus dificultades habituales, qué tipo de errores cometen habitualmente en sus búsquedas. Ese conocimiento del paisaje es lo que ningún chatbot puede tener y es lo que hace posible al bibliotecario una orientación genuinamente útil, en lugar de una respuesta genérica.

### **La IA como herramienta del propio bibliotecario**

Nada de lo anterior, ni de lo que escriba implica o implicará resistir la tecnología. Al contrario, el bibliotecario que conoce la IAG desde adentro puede y debe usarla para su propio trabajo, y con esto contará con una ventaja enorme. Puede entre otras cosas generar borradores de guías de lectura, adaptar los materiales a distintos niveles educativos, sintetizar rápidamente documentos extensos para producir resúmenes o para crear boletines informativos con más velocidad y porque no crear bibliografías con dos o tres click. Leyendo a Lopezosa (2026) este demuestra que la catalogación asistida y el enriquecimiento de metadatos son áreas en donde la utilización de IAG aporta eficiencia real en colaboración con los procesos técnicos bibliotecarios, siempre que sea bajo supervisión profesional.

Para las instituciones, como las nuestras, con recursos limitados (que son la mayoría de las bibliotecas en Argentina, abandonadas por la desidia estatal y también un poco por la pasividad de algunos profesionales), esta posibilidad resulta ser significativa. No se trata de tener más tecnología acumulada o ultra moderna, se trata de hacer más con lo poco que se tiene, por ejemplo liberando tiempo de tareas mecánicas, para invertirlo en las funciones que requieren necesariamente del criterio humano. La catalogación automática que luego el bibliotecario revisa y corrige siempre será mejor que ninguna catalogación. El borrador de guía que la IAG genera y el bibliotecario enriquece siempre será mejor que esa guía que nunca se hizo por falta de materiales o tiempo.

La clave de todo esto, ya no puede poner el punto en si se usa o no se usa la IAG. Está en quién controla ese resultado. El bibliotecario es el profesional que entiende los límites del sistema y puede aprovechar su velocidad sin resignar la calidad. El que no los entiende o no quiere entenderlo corre el riesgo de difundir los errores del algoritmo y muchas veces con el respaldo de la institución.

### **Los riesgos que refuerzan la necesidad de mediación**

Es cierto que hablar de oportunidades sin mencionar los riesgos sería una visión un tanto incompleta. La IAG, al menos en este momento de su desarrollo tiene

limitaciones serias, y entenderlas no es pesimismo, es la condición para usarla bien.

El riesgo documentado en forma profusa y el más inmediato es el de las alucinaciones, si bien esta falla ya fue nombrada anteriormente. Se trata de una dimensión del problema que merece desarrollarse en forma un poco más minuciosa, no es solo el que el sistema genere información incorrecta, sino que esto lo haga de manera que sea prácticamente imposible de distinguirla de la correcta. Para un usuario no usualmente entrenado en la verificación de fuentes (y en contextos educativos, eso describe a una proporción significativa del público), la diferencia es sencillamente invisible. Dado que el texto equivocado y el texto verdadero tienen, a simple vista, el mismo aspecto, el mismo tono, la misma estructura. Eso convierte el problema en algo que es mucho más complejo que un error técnico, es un riesgo epistémico, una cuestión profunda acerca de cómo las personas llegan a sus conclusiones.

Los sesgos algorítmicos, operan de manera más silenciosa. No se anuncian. No generan grandes errores visibles ni tampoco mensajes de advertencia. Simplemente, ciertos saberes están más presentes o tienen una relevancia acentuada por sobre otros, esto apunta a ciertas perspectivas que si bien son plausibles estadísticamente omitiendo a otras, ciertos marcos de análisis se reproducen por doquier y otros quedan momentáneamente invisibilizados. Benítez Rangel (2024) señala en su texto que las consideraciones éticas de la IA (sesgos, opacidad y falta de trazabilidad por mencionar algunos) constituyen aspectos centrales, y no meramente accesorios, en lo relativo al funcionamiento de toda institución que trabaje con datos e información.

Las bibliotecas, quienes siempre estuvieron comprometidas históricamente con la equidad en el acceso al conocimiento, encuentran aquí una responsabilidad específica, no solo se trata de usar estas herramientas, sino advertir sobre sus sesgos y garantizar que los usuarios más vulnerables no sean los más expuestos a recibir información distorsionada.

Hay también un problema institucional que en Argentina se está volviendo cada vez más evidente, las grandes plataformas de inteligencia artificial extraen enormes cantidades de contenidos de los repositorios digitales de las universidades sin pedir permiso, sin citar a los autores y sin dar ningún crédito a las fuentes.

La Ley 26.899, sancionada en 2013, obliga a todas las instituciones del Sistema Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación que reciben fondos públicos a crear repositorios digitales de acceso abierto y gratuito. La idea era que la producción científica argentina fuera pública y estuviera al servicio de la sociedad. Sin embargo, es inevitable que hoy esa misma producción va camino a convertirse en materia prima gratuita para sistemas comerciales de IAG. Los bibliotecarios que custodian esas colecciones tienen aquí también una función que reclamar, ya que no es solo gestionar el acceso, sino proteger la autoría y la trazabilidad de la producción intelectual de sus instituciones (D'Amico y Vercelli, 2024).

Cada uno de estos riesgos (alucinaciones, sesgos, extracción sin reconocimiento) es un argumento que suma al momento de reivindicar la presencia activa del bibliotecario. No como el tradicional custodio de colecciones ni siquiera como administrador de accesos, sino como el profesional formado para evaluar fuentes, el que conoce los límites de los sistemas de información, el que acompaña a los usuarios en el desarrollo de su pensamiento crítico y que defiende los valores institucionales de veracidad, equidad y trazabilidad frente a las presiones del ecosistema digital.

Es necesario comprender que una biblioteca en una institución educativa que incorpora un taller de verificación de fuentes generadas por IAG no está formando usuarios en tecnología, está haciendo lo que siempre hizo, con las herramientas que requiere este momento. Enseñar a preguntar ¿de dónde viene esta información o cómo puedo saberlo? es, en el fondo, la función más antigua de la profesión. La IAG no la vuelve obsoleta, le da un preponderante nuevo lugar.

### **Las condiciones por las que esta vez podría ser distinto**

Reconocer que estamos ante “la” oportunidad no alcanza. La historia de la profesión es, en buena medida, la historia de oportunidades generalmente bien identificadas y por omisión o pasividad mal aprovechadas. Lo que marca la diferencia no siempre es estar atento al diagnóstico, sino lo que se hace con él.

La primera y por lo tanto innegociable condición para avanzar en este camino es la formación. Los bibliotecarios necesitan comprender la IAG por decirlo de alguna manera en forma inmersiva, desde adentro, cómo funciona un modelo de lenguaje, cuáles son o pueden ser sus límites estructurales, cómo se formula una consulta efectiva (elaboración de un prompt correcto) y, sobre todo, cómo se evalúa y verifica el resultado obtenido. No para convertirse en algo parecido a técnicos informáticos, sino para ser mediadores y evaluadores competentes de

una tecnología que ya está en manos de sus usuarios. La ACRL (2024) ha establecido un marco de competencias en IAG para bibliotecarios que puede fácilmente adaptarse a los distintos contextos institucionales. El camino existió antes y existe ahora; falta decidir si estamos de acuerdo en recorrerlo.

La segunda condición primordial es la referente a la actualización curricular. En Argentina, las carreras de Bibliotecología y Ciencias de la Información enfrentan el mismo desafío al que se enfrenta la profesión en toda la América Latina, en la mayoría de los planes de estudio se omiten o forman solo parcialmente a profesionales en cuanto a la utilización de tecnología, cuando es necesario que la habiten con criterio. Esto requiere primero revisar los contenidos que hoy tienen los diseños curriculares, para incorporar saberes inherentes al desarrollo de análisis crítico en cuanto a datos e información proveniente no solo de la IAG sino de toda la WEB, y que permita transmitir una actitud profesional, la que tiene un experto que no teme a las herramientas actuales y por venir porque confía en su propia capacidad para evaluarlas. Sin ese cambio en la formación de base, lamentablemente la brecha entre lo que la profesión necesita ser y lo que efectivamente es seguirá ampliándose.

La tercera condición, y quizás la más difícil porque no depende de un plan de estudios ni de un programa de capacitación, es la decisión colectiva de ocupar el espacio. Cada biblioteca, cada profesional, cada asociación tiene que tomar posición. No desde el miedo a que “la IA va a reemplazarnos”, sino desde la convicción de que el trabajo de garantizar el acceso a información verdadera y objetiva es más necesario que nunca antes. Esta convicción, cuando se logra articular con formación y con presencia y visibilidad institucional, se convierte en autoridad profesional. Y la autoridad profesional, en este campo, es lo que distingue a un bibliotecario real de un chatbot mejor o peor configurado.

En Argentina, las señales son o parecieran al menos prometedoras. El debate de a poco toma vuelo con cierta continuidad, por dar algunos ejemplos en la Reunión Nacional de Bibliotecarios de ABGRA, en las JAIIO, en las aulas universitarias y en el trabajo de investigadores de reconocidas instituciones que están construyendo marcos conceptuales propios y adaptados al contexto. Ahora bien, tenemos el debate pero la pregunta sería cuan cerca estamos de que esto se traduzca en programas concretos, en políticas institucionales y en presencia real en cuanto a las formas en que la información llega a las personas.

**A modo de cierre: el bibliotecario que este tiempo requiere**

La bibliotecología llega a esta encrucijada con una historia que pesa, y con una oportunidad que sería un error grave dejar pasar.

Durante décadas, la profesión identificó los desafíos de cada nueva tecnología pero respondió con más lentitud de la que el momento exigía. El costo fue real y visible, llámese visibilidad reducida, crisis de identidad, la pregunta cada vez más recurrente de para qué sirve una biblioteca cuando todo está en internet. Esa pregunta tiene hoy una respuesta más poderosa que en cualquier momento o época anterior. La condición es que la profesión decida usarla.

El bibliotecario que este tiempo requiere no es, tal lo conocimos, el custodio de un depósito, ni tampoco el administrador más o menos eficiente de una colección física o digital. Es un profesional que habita activamente la cultura tecnológica con criterio, que conoce y reconoce las herramientas de IAG no para competir con ellas, sino para evaluarlas objetivamente y enseñar a los demás a hacerlo, el que promueve la lectura crítica y profunda como base de toda competencia informacional, el que verifica lo que los algoritmos producen antes de que el usuario se lo apropie como saber, el que trabaja articulado con la institución a la que pertenece y no al margen de ella.

Ese perfil no se podrá construir por decreto. Se construye mediante la formación específica, con énfasis en la actualización permanente y por sobre todo con la voluntad colectiva de ocupar el espacio que le corresponde a la profesión. La IAG quizás nos está ofreciendo ese espacio vacante con una claridad que las tecnologías anteriores no lo habían hecho. Franganillo (2023) lo señaló con precisión, los grandes modelos de lenguaje son una oportunidad para la profesión bibliotecaria, no a pesar de sus limitaciones, sino gracias a ellas. Una tecnología que puede alucinar, sesgar y desinformar a una velocidad extrema, necesita a alguien que sepa evaluarla y verificarla. Ese alguien fue, es y será el bibliotecario.

Alonso-Arévalo (2025) lo sintetiza en tanto que el papel del bibliotecario se refuerza como mediador del conocimiento y garante de un uso ético y equitativo de la IAG. No es un rol que la tecnología otorga de manera automática. Es un rol que la profesión tiene que conquistar con decisión, con formación y con la urgencia que impone una historia de oportunidades desaprovechadas que no pueden seguir perdiéndose. Esta vez, no hay margen para llegar tarde...

## Referencias

- Alonso-Arévalo, J. (2022). ¿Por qué las bibliotecas y los bibliotecarios son ahora más necesarios que nunca? *Boletín de la Asociación Andaluza de Bibliotecarios*, 37(124), 13–30. <https://aab.es/wp-content/uploads/2022/12/Bibliotecas-Boletin-124-%E2%80%93012-030.pdf>
- Alonso-Arévalo, J. (2023). Inteligencia artificial y su impacto en la escritura académica. *Universo Abierto*. <https://universoabierto.org/2023/06/17/inteligencia-artificial-y-su-impacto-en-la-escritura-academica/>
- Alonso-Arévalo, J. (2025). La biblioteca y la construcción de una cultura de alfabetización en la inteligencia artificial generativa. *Ítem: Revista de Biblioteconomía i Documentació*, (79). <https://doi.org/10.60940/itemn79id9900246>
- Association of College & Research Libraries. (2025). AI competencies for academic library workers. American Library Association. <https://www.ala.org/acrl/standards/ai>
- Bender, E. M., Gebru, T., McMillan-Major, A., & Shmitchell, S. (2021). On the dangers of stochastic parrots: Can language models be too big? In *Proceedings of the 2021 ACM Conference on Fairness, Accountability, and Transparency* (pp. 610–623). Association for Computing Machinery. <https://doi.org/10.1145/3442188.3445922>
- Benítez Rangel, N. (2024). Apuntes sobre algunas opiniones acerca de las consideraciones éticas de la inteligencia artificial (IA). *Boletín de la Asociación Andaluza de Bibliotecarios*, (127), 39–49. <https://aab.es/wp-content/uploads/2024/06/127-BAAB-039-049.pdf>
- D'Amico, P. B., & Vercelli, A. (2024). Libraries, access to information and artificial intelligences in Argentina and Latin American and the Caribbean. *The International Information & Library Review*. Advance online publication. <https://doi.org/10.1080/10572317.2024.2413775>
- EdSource. (2026, 5 de marzo). Commentary: Why teacher librarians are critical for students living in an AI-driven world. <https://edsources.org/2026/ai-literacy-teacher-librarians/752536>
- Franganillo, J. (2023). Los grandes modelos de lenguaje: una oportunidad para la profesión bibliotecaria. *Anuario ThinkEPI*, 17, e17a28. <https://doi.org/10.3145/thinkepi.2023.e17a28>
- Gunter, D. (2024). AI challenges for librarians. *Research Information*. <https://www.researchinformation.info/analysis-opinion/ai-challenges-librarians>
- International Federation of Library Associations and Institutions. (2025). IFLA entry point to libraries and AI. <https://repository.ifla.org/items/f197f327-dc49-4743-bb57-0a373505da8b>
- Jabeen, M., & Lux, C. (2026). How artificial intelligence is reshaping information literacy in academic libraries: A global scientometric analysis (2020–2025). *The Journal of Academic Librarianship*, 52(3). <https://doi.org/10.1016/S0099133326000236>
- Kurbanoğlu, S., Boustany, J., Špiranec, S., Ünal, Y., Şencan, İ., Kos, D., Grassian, E., Roy, L., & Mizrachi, D. (Eds.). (2026). *Information literacy in an AI-driven world: 9th European Conference, ECIL 2025, Bamberg, Germany, September 22–25, 2025. Revised selected papers*. Springer. <https://doi.org/10.1007/978-3-032-17272-3>
- Lescano Borrego, L. E. (2025). Más allá de los nativos digitales: alfabetización en la era de la IA. LinkedIn. <https://www.linkedin.com/pulse/m%C3%A1s-all%C3%A1-de-los-nativos-digitales-alfabetizaci%C3%B3n-en-lescano-borrego>
- Lopezosa, C. (2026). Inteligencia artificial en los procesos técnicos bibliotecarios: fundamentos y aplicaciones prácticas [Informe]. Universitat de Barcelona / CRICC. <https://hdl.handle.net/2445/225202>
- Petrosini, N. (2024). Inteligencia artificial y servicio de referencia: ¿Amenaza u oportunidad? [Ponencia]. Biblioteca Nacional Mariano Moreno. <https://nicolaspetrosini.com.ar/wp-content/uploads/2024/06/BNMMESRAI01-IA-servicio-referencia-ao-ponencia.pdf>
- Plaza-Navas, M. A. (2024). Bibliotecas, archivos e inteligencia artificial: de nuevo, ¿ante una encrucijada? *Enredadera: Revista de la Red de Bibliotecas y Archivos del CSIC*, (40), 47–58. <https://doi.org/10.20350/digitalCSIC/16285>
- Temesio Vizoso, S. G. (2022). Reflexiones sobre la inteligencia artificial y la bibliotecología. *Palabra Clave (La Plata)*, 11(2), e159. <https://doi.org/10.24215/18539912e159>